

Veinticinco traducciones de poesía de naturaleza

José Luis Cortizo Amaro

Índice

- Introducción: p. 3
- Wendell Berry: *The peace of wild things* (La paz de las cosas salvajes): p. 4
- Olavo Bilac: [¡Vaya (diréis), oír estrellas!]: p. 5
- Wilfred Campbell: final de *How one winter came in the Lake Region* (Cómo llegó el invierno en la Región del Lago): p. 6
- Cowper: *The squirrel* (La ardilla): p. 7
- William Cullen Bryant: fragmento de *The life that is* (La vida que es): p. 8
- Emily Dickinson: [Para hacer un prado]: p. 9
- L. N. Fagundes Varela: fragmento de *As selvas* (Las selvas): p. 10
- Sam Walter Foss: *The only man in the world* (El único hombre en el mundo): p. 11
- Robert Frost: fragmento de *A lone striker* (Un huelguista en solitario): p. 12
- Robert Frost: *Closed for good* (Cerrado definitivamente): p. 13
- George Gordon, Lord Byron: fragmento de *Childe Harold's Pilgrimage* (El peregrinaje de Childe Harold): p. 14
- Pauline Johnson (Tekahionwake): *The camper* (El campista): p. 15
- Kobayashi Issa: dos haikus: p. 16
- Manuel Leiras Pulpeiro: [Si queréis que yo reviva]: p. 17
- Bernardo Maciel: *Solidão* (Soledad): p. 18
- George Martin: fragmento final de *The jewelled trees* (Los árboles enjorjados): p. 19
- Antonio Noriega Varela: [Embrenarme procuro]: p. 20
- Giovanni Pascoli: *In cammino* (En el camino): p. 21
- Fernando Pessoa: [Entro y cierro la ventana]: p. 22
- Ramón Sampedro: fragmento de *Cando eu caia* (Cuando yo caiga): p. 23
- Sara Teasdale: Places [III. Winter sun] (Lugares [III. Sol de invierno]): p. 24
- Teixeira de Pascoaes: fragmento inicial de *A sombra do Tamega* (La sombra del Tamega): p. 25
- Teixeira de Pascoaes: *Canção d'uma sombra* (Canción de una sombra): p. 26
- William Butler Yeats: *The lake isle of Innisfree* (La isla del lago: Innisfree): p. 27

Introducción

En 2007 y 2018, respectivamente, publicamos los libros *Dulces te sean, pues, las estaciones*, y *No sería quien soy*. Me ocupé de la selección de citas de naturaleza, y de traducir parte de ellas, y mis hermanos J. Antonio y Carlos en el primer caso, y Carlos en el segundo, se ocuparon de encontrar en sus archivos, o hacer expresamente, fotografías de naturaleza que acompañaran apropiadamente las citas¹.

Esos libros contienen, respectivamente, 18 y 52 traducciones inéditas. Parte de ellas son traducciones de poesía. Entre estas están las 25 que presento en la presente colección. Las traducciones de poemas de Emily Dickinson, Lord Byron, Kobayashi Issa (en este caso, traducciones de traducciones al inglés) y Yeats corresponden al primero de los libros citados, y las restantes al segundo.

En el índice, indico, cuando lo tienen, el título original de los poemas.

4 de mayo de 2026, José Luis Cortizo Amaro

¹ Se me puede pedir más información sobre estos libros a joseluiscortizo@gmail.com.

Wendell Berry: *La paz de las cosas salvajes*

Cuando crece en mí la desesperación por el mundo
y me despierto de noche al más mínimo ruido
temiendo lo que el futuro pueda traer a mi vida y a la de mis hijos,
salgo y me acuesto cerca de donde el pato de bosque
descansa en su belleza sobre el agua y la gran garza se alimenta.
Entro en la paz de las cosas silvestres
que no cargan sus vidas con previsiones
de problemas. Entro en la presencia del agua quieta.
Y siento sobre mí las estrellas, de día ciegas,
esperando con su luz. Durante algún tiempo
descanso en la gracia del mundo, y soy libre.

Olavo Bilac: [¡Vaya (diréis), oír estrellas!]

– ¡Vaya (diréis), oír estrellas! Ciertamente:
perdiste el juicio. Yo os diré, entre tanto,
que a menudo, por oírlas, despierto
y, pálido de asombro, me levanto.

Y hablamos mucho tiempo, y, mientras tanto,
la Vía Láctea, como un palio abierto,
brilla. Y, de día ya, saudoso, en llanto,
las busco aún en el cielo desierto.

Diréis ahora: – ¡Enloquecido amigo!
¡Que conversas con ellas! ¿Qué sentido
tiene lo que hablan cuando están contigo?

Y yo os diré: – ¡Amad para entenderlas,
porque solo quien ama tiene oído
capaz de oírlas y de comprenderlas!

Wilfred Campbell: Cómo llegó el invierno en la Región del Lago (fragmento final)

...Cuando, una extraña noche, el sol bajó sangrando,
inundando los cielos de rojo en un momento;
la laguna y los campos sedientos se encendieron,
los marjales y ríos un fuego parecieron,
mas ni un soplo de viento.

Esa noche sentí ya el invierno en mis venas,
un alegre temblor de brillantez helada;
y oí el canto del norte, poderoso y salvaje,
mientras, alrededor, sobre todo el paisaje,
caía la nevada.

Cowper: La ardilla

De su refugio hecho en olmo solitario
que el tiempo o las heridas han agujereado,
donde, en su cama de hojas y de lana durmió
durante el duro invierno, se atreve a salir fuera,
por retozar un rato y disfrutar del sol,
la ardilla, vivaracha, resuelta, juguetona:
cuando me ve, enseguida, ligera como un ave,
se sube a un abedul y allí agita su cola,
levanta las orejas, y patalea y grita
con toda la belleza de su susto fingido
y con su enfado, tan mínimamente fiero.

William Cullen Bryant: *La vida que es* (fragmento)

Bienvenida, pues, a aquello que no querrías perder,
a la gran marcha del tiempo, de las horas y los meses;
la gloria de la mañana, y la del anochecer,
la belleza de los ríos, las estrellas y las mieses...

Emily Dickinson: [Para hacer un prado]

Para hacer un prado
hacen falta un trébol y una abeja.
Una abeja y un trébol, y soñar.
Pero si hay pocas abejas,
basta con soñar.

L. N. Fagundes Varela: *Las selvas* (fragmento)

Y hay tanto encanto en las florestas vírgenes,
tanta belleza en la boscosa sombra,
tanta armonía en el correr del río,
tanta delicia que la tierra alfombra...
que aún podría revivir de nuevo,
y fluctuar entre venturas mi alma,
¡planta marchita que mendiga apenas
noches y orvallos, suave brisa y calma!

Sam Walter Foss: *El único hombre en el mundo*

Viví en una cabaña en la montaña,
rodeado de un silencio muy profundo;
cayó una gran nevada, y era yo
la única persona sobre el mundo.

Eran la nieve, el cielo y las estrellas
todo cuanto podía yo mirar;
solo yo acompañaba al universo,
solo él me venía a acompañar.

Remolineaba el viento en mi cabaña,
los astros se asomaban para ver;
y, siendo el único hombre sobre el mundo,
venían a enseñarme su saber.

Al corazón del hombre el mundo cuenta,
cuando el mundo y el hombre están unidos,
relatos que muy pocas veces fueron,
desde el principio, oídos o sabidos.

Y con frecuencia añoro, entre el gentío,
que marcha como un río muy profundo,
la cabaña del monte en que era yo
la única persona sobre el mundo.

Robert Frost: *Un huelguista en solitario* (fragmento)

Sabía de otro sitio, un bosque, en el que había,
tan altos como árboles, peñascos escarpados,
y si sobre uno de ellos subiese, quedaría
envuelto por los ramos más verdes y elevados.
Las copas de los árboles su cuerpo rodearían,
y los alientos de ellos y de él se mezclarían.
Si en uno se subiese... ¡Bastaba ya de «Si...»!
Sabía de un sendero que ansiaba ser andado,
y de un manantial fresco que ansiaba ser bebido;
sabía un pensamiento que ansiaba ser pensado
y un amor que anhelaba ser de nuevo vivido.

Robert Frost: *Cerrado definitivamente*

Mucho tengo, y lo debo
a quienes, por aquí,
con idas y venidas,
este camino hicieron;
y más en deuda estoy
puesto que se han marchado,
y no han vuelto en corceles
para reñir mi calma
con su velocidad
y para echarme a un lado.
Están en otros sitios
con sus prisas. Dejaron
el camino, y bien puedo
recorrerlo en silencio,
salvo, quizá, si a un árbol
le digo, en pensamiento:
«Con tus hojas, le das
una primera mano
al camino. Y, sin sol,
es de esperar que pronto
tenga otra capa, blanca,
pero, al ser tan delgada,
la forma de las hojas
verás bajo la nieve».
Y así vendrá el invierno,
hasta que yo ya deje
de imprimir mis pisadas,
y sólo alguna bestia
ratonil o zorruna
las imprima en mi nombre.

George Gordon, Lord Byron: *Childe Harold's Pilgrimage* (fragmento)

Hay un placer en los bosques sin senda.

Hay un embeleso en la playa solitaria.

Hay una sociedad, donde nadie se inmiscuye,
junto al hondo mar, y música en sus bramidos.

No amo menos al hombre, pero a la Naturaleza más.

Kobayashi Issa: dos haikus

«Nevada, primera nevada»,
dice
sin dientes.

«Primera nevada».
Este año la voz
es más débil.

Pauline Johnson (Tekahionwake): *El campista*

Cielo oscuro del norte en noche destemplada,
entre él y el cielo, salvo las estrellas, no hay nada.
De humanos u oraciones no ve necesidad;
aquí buenos hermanos son él y su deidad.
Sobre su vivac tienen, los abetos, echadas,
con agujas oscuras, sus ramitas delgadas.
Arroyos entre rocas, desde la lejanía,
le cantan en sus sueños con dulce melodía.
Son su canción de cuna los pinos susurrando,
el grito de la garza y un chorlito volando.
Y las blancas estrellas mantienen vigilado
su lecho hecho de ramas: su sueño sin pecado.

Manuel Leiras Pulpeiro: [Si queréis que yo reviva]

Si queréis que yo reviva
llevadme a donde el mar vea,
donde sus brisas me lleguen,
donde lo oiga cuando hierva;
llevadme a donde más bata
y más se estrelle en las peñas,
a donde, al romper las olas,
vea la espuma que vuela;
¡si no es posible, llevadme
a donde tenga, siquiera,
como espejo, entre los juncos,
una poza en la ribera!

Bernardo Maciel: *Soledad*

Con rumor siempre igual de pequeña cascada,
que mece, apaga y hace dormir como un narcótico,
mañana, tarde y noche corre el agua, pausada,
cantando sin cesar su discurso caótico.

Absortos y de pie los árboles escuchan,
inclinándose un poco, las músicas durmientes.
No se puede saber qué secreto permutan
estos árboles quietos con las aguas corrientes.

Ni qué quieren decir cuando dejan caer,
con suspiro de quien lo suspira soñando,
cada hoja que un instante se siente estremecer
y después, prisionera, el agua va llevando...

George Martin: *Los árboles enojados* (fragmento final)

«...La sangre en nuestras venas, hasta los pies incluso,
está quieta y helada; morir en un momento
podemos; ¡oh, mandadnos, los cielos, un aliento
caliente que se lleve toda esta joyería,
estas blancas cadenas que una noche y un día
con dolor infinito hemos cargado, mudos!
¡Dadnos la libertad, nuestros brazos desnudos!»

Un viento que, en el sur, entre tanto, dormía
en un buen naranjal débil por la sequía,
de los árboles pudo oír el suave llanto,
y vino, bajo forma de una brisa y su canto,
y vino, y a los árboles besó muy tiernamente
para así liberarlos del hielo, finalmente.
Los vítreos eslabones en trozos se rompieron
y una luz cegadora por la tierra esparcieron;
brillando y crepitando cayeron hasta el suelo
como lluvia de estrellas descendiendo del cielo;
libres de trabas ya, los árboles besaron
a la brisa, y sus brazos oscuros la abrazaron;
abrazaron al viento que desde el sur venía,
desde aquel naranjal débil por la sequía;
y, agradeciendo, un llanto lloraban de alegría,
y el viento, mientras tanto, en sus brazos dormía.

Antonio Noriega Varela: [Embreñarme procuro]

Embreñarme procuro, y feliz hora
tendría si tuviera una casita
en la agreste montaña, que allí mora,
divorciada del mundo, el alma mía;
la paz de sus rellanos me enamora,
y pido a Dios que pronto esté yo arriba,
donde ni el viento quiere ver testigos
para jugar con la hoja en los quejigos.

Giovanni Pascoli: *En el camino*

Se sienta en una piedra del camino,
el llano está entre nieblas, ya es de noche:
y escucha el peregrino, entre la niebla,
crujir las hojas secas muy bajito:
el cielo gime, inmóvil y lejano,
y el hombre piensa: no me erguiré más.

Piensa: su vida es una ojeada vana
que un viandante echa a otro en el camino,
y que en su mente le dejó una huella
como la de algún sueño que se olvida;
huella ligera que no sabe si es
dolor extinto o gozo que no fue.

Y he aquí que –en su tumba casi, en torno
la invisible caída de las hojas–
un tembloroso toque de trompeta
cruza la niebla y, al pasar, saluda;
de detrás de la sombra viene el toque,
de tras la niebla: mucho más arriba,

donde brillan, serenas, las estrellas
sobre la niebla, sobre el vago mar
en que te extiendes con pálidas llamas
tú, lento Carro, y tú, Estrella Polar;
pasan sonidos como de fanfarria,
pasa un oscuro triángulo de grullas.

Van entre estrellas y constelaciones
y la neblina de la landa extraña,
van incesantes hacia valles tibios,
a oasis verdes, a lejanas islas,
hacia ríos azules desbordantes,
van hacia el misterioso Tombuctú.

Pasaron ya... pero su frente alzaba
desde su piedra el peregrino, absorto
en el clamor aquel, y entre la niebla
cogió el bastón de nuevo, y su destino;
y el camino siguió tranquilamente
tras el sonido que moría lejos.

Fernando Pessoa: [Entro y cierro la ventana]

Entro y cierro la ventana.

Traen un candil y me dan las buenas noches,
y mi voz alegre da las buenas noches.

Ojalá mi vida sea siempre así:

el día lleno de sol, o suave de lluvia,
o tempestuoso como si se fuese a acabar el Mundo,
la tarde suave y la gente que pasa,
observada con interés desde la ventana,
la última mirada amiga al sosiego de los árboles,
y después, cerrada la ventana, el candil encendido,
sin leer nada, ni pensar en nada, ni dormir,
sentir la vida correr por mí como un río por su lecho,
y allá fuera un gran silencio como un dios que duerme.

Ramón Sampedro: *Cuando yo caiga* (fragmento)

Cuando yo caiga, como fruto maduro del árbol de la vida,
dejadme allí mismo, donde caiga,
para que me abrace el sol, y el viento y la luna,
y la vida me devore, bocado tras bocado.
Que cada uno recoja el amor que me dio:
la luz, su luz; el agua, su agua;
la tierra, su ceniza; su espíritu el viento.
Que cada uno coja lo que necesite.

Sara Teasdale: *Lugares [III. Sol de invierno]*

Había allí un arbusto con frutos colorados,
también había abetos rebosantes de nieve;
con un sonido igual al de olas en las playas
cogían y dejaban marchar el viento leve.

Las colinas brillaban en sus ropas de seda;
plisado tras plisado, su luz se diluía;
tus ojos me decían: «ocurra lo que ocurra,
nosotros dos, al menos, tuvimos este día».

Teixeira de Pascoaes: *La sombra del Tamega* (fragmento inicial)

Santa ventana mía en que medito
y digo adiós al sol y le hablo al viento...
Saludo al Alba y leo en lo infinito,
¡y siento, a veces, un deslumbramiento!

Teixeira de Pascoaes: *Canción de una sombra*

Ah, sin esta neblina en la mañana,
sin la vieja ventana adonde voy
para escuchar las voces de las cosas,
no sería quien soy.

Si no fuese esta fuente que lloraba
y, como yo, cantaba, y se secó...
y este sol, que comulgo de rodillas,
no sería quien soy.

Sin esta luz de luna, que convoca
espectros a la vida, y se infiltró,
como fluido mágico, en mi entraña,
no sería quien soy.

Si el astro de la tarde no brillase;
y si no fuese el viento, que meció
en sus brazos, las nubes y mi ser,
no sería quien soy.

Si no fuese la noche misteriosa
que mis ojos de sombras inundó,
y de voces sombrías mis oídos,
no sería quien soy.

Sin estas tierras hondas y hondo río
que yergue alas y sube, en claro vuelo;
sin estos yermos montes y arboledas,
no sería quien soy.

William Butler Yeats: *La isla del lago: Innisfree*

Me levantaré y partiré ahora, partiré hacia Innisfree,
y una pequeña cabaña allí construiré, con barro y varas:
nueve surcos de judías tendré allí, y una colmena,
y viviré solitario en el claro, con el rumor de las abejas.

Y tendré allí algo de paz, pues la paz viene goteando lentamente,
goteando desde el velo de la mañana hacia donde el grillo canta;
allí la medianoche es una tenue luz, y el mediodía un brillo púrpura,
y lleno está el atardecer de alas de pardillo.

Me levantaré y partiré ahora, porque siempre, día y noche,
escucho el suave chapoteo del agua del lago junto a la orilla;
esté en la calzada o en las grises aceras,
lo escucho en lo más profundo de mi corazón.